

P. José Kowalski

Beatificado el 12 de junio de 1999

1939. En Alemania desfilan las "camisas negras". En los micrófonos de la radio el dictador nazi Adolfo Hitler profiere un torrente de amenazas sobre el mundo. Mira con ojos rapaces al territorio polaco y proclama al mundo que éste es el "territorio clave" asignado por el destino para la expansión de la privilegiada raza germánica.

1 de septiembre de 1939. Dos mil aviones con la swástica sobre las alas bombardean Varsovia y los núcleos ferroviarios. Polonia queda prácticamente paralizada,

mientras las divisiones acorazadas penetran en lo más profundo de su territorio. Comienza la segunda guerra mundial. En sólo cuatro semanas Polonia se rinde.

1940. Hitler proyecta invadir Rusia. Para llevar a cabo esta vasta operación militar, sus ejércitos necesitan poder disponer plenamente del territorio polaco. "El pueblo polaco – afirma Hitler con cinismo – es un pueblo de esclavos, cuyo destino es servir a la raza germánica. Los alemanes lucharán, los polacos les sustituirán en el trabajo en las fábricas y en las minas".

Es el comienzo de la gran deportación del pueblo polaco. La Gestapo entra en las casas a las primeras luces del alba. Lo primero, arrestar a los intelectuales y a las personas con influencia que podrían organizar algún tipo de resistencia.

23 de mayo. La vigilia de la fiesta de María Auxiliadora. La Gestapo penetra en la casa inspectorial de los salesianos de Cracovia y en el estudiantado teológico. Arrestan a once sacerdotes y un coadjutor. Entre ellos se encuentra un sacerdote de rostro sereno y de ojos claros: José Kowalski. Ha prestado en la congregación su humilde servicio, desarrollando el trabajo de la secretaría en el centro inspectorial. Si alguien abrigaba todavía alguna ilusión, la jornada del 27 de junio las arrebató todas. Cuatro sacerdotes salesianos de Cracovia son ajusticiados. Por esos mismos días, los otros arrestados son recluidos en el tristemente célebre campo de exterminio de Oswiecim, llamado Auschwitz por los alemanes.

El tatuaje marcado sobre el brazo izquierdo

Es sobradamente conocido que, para el funcionamiento de los "campos de exterminio", los jefes del nazismo no escogieron a personas normales, sino a delincuentes sacados de la cárcel, condenados por sadismo, anormalidad, delitos comunes. Son éstos, desde junio de 1941, los "superiores" de Don José y de sus infelices compañeros de penas.

En el campo, se les desnuda y se les arroja en una estancia para desinfección. Un superviviente escribe: "De improviso, el agua de las duchas cae hirviendo; pero inmediatamente después irrumpen en la estancia cuatro que, en medio de gritos y a empujones, nos agarran, bañados y desprendiendo vapor, y nos echan en una gélida estancia contigua; aquí, otros, bramando, nos echan encima no sé qué ropa y nos aplastan en la mano un par de zapatones con suela de madera; apenas tenemos tiempo de darnos cuenta de lo que está pasando y nos vemos ya fuera descalzos y desnudos, con todo el bagaje en la mano,



y tenemos que correr hasta otro barracón a un centenar de metros. Aquí se nos permite vestirnos. Al terminar, cada uno se ha quedado en su sitio sin atreverse a mirarse unos a otros. No hay donde mirarse, si bien nuestro aspecto lo vemos delante, reflejado en cien rostros lívidos, en cien muñecos sucios y miserables. Por primera vez nos damos cuenta que a nuestra lengua le faltan las palabras para expresar tanta ofensa, la destrucción de un hombre. Hemos tocado fondo. No existe, no se puede ni siquiera imaginar mayor degradación y miseria de la condición humana". A esos hombres se les quitaba todo: vestidos, zapatos, cabello. Hasta el nombre. El nombre de Don José, en adelante, será 17.350. Mientras viva llevará el tatuaje sobre el brazo izquierdo con un sello de alfileres y tinta china grabado encima. Un mes antes, ha llegado a Oswiecim el Padre Maximiliano Kolbe y sobre su brazo se le ha marcado el número 16.670.

Más allá de las chimeneas humeantes, la iglesia de María Auxiliadora

En Oswiecim se trabaja a un ritmo infernal. Muy temprano por la mañana resuena la palabra *wstawac*: levantarse. Comienza una agitación frenética. Se salta del camastro de madera y paja y, corriendo, se viste uno y se precipita en los aseos y lavabos con furia inhumana, ya que en cinco minutos empezará la distribución de chusco gris de pan. El que llega tarde no recibe nada y tendrá que aguantar así hasta medio día con un hambre de perros.

Se trabaja del alba hasta el atardecer. Se va en columnas ordenadas, con paso veloz, y se vuelve casi a paso de carrera. Resulta una farsa



Sin Ti no puedo hacer nada; pero con tu amor lo puedo todo".

trágica ver esas largas filas de hombres vestidos de tiras, en columnas rígidas, volver a paso de carrera, saltando con sus zapatones duros, mientras una absurda banda compuesta por otros hombres de tiras hace sonar marchas alegres en la plaza del campo.

Abajo, más allá de los barracones, humea sin cesar la larga chimenea de los hornos crematorios. Quien claudica ante el cansancio, quien no defiende ferozmente su ración, quien se retrasa en la carrera o tambalea y cae, sabe que acabará allí. Lo echarán en un carro de minero, muerto o moribundo, poco importa. El carrito bajará resbalando sobre las huellas marcadas de otros carros hasta la embocadura del horno. El coronel Fritsch que manda en el campo les dirá riendo: "saldréis de aquí por el tubo de la chimenea".

Pero Don José Kowalski no mira las chimeneas humeantes. Erguida, entre los vapores que se alzan por

la campaña, la iglesia de María Auxiliadora, distante del campo dos kilómetros. Entre lágrimas, que no logra parar, recuerda sus años felices de vida salesiana.

Justo en esta iglesia había entrado por primera vez 19 años antes. Tenía entonces 11 años y llevaba en el bolsillo un certificado de buena conducta escrito por su párroco. Se había arrodillado a los pies de la Virgen y le había pedido por su madre a quien había dejado en casa pocas horas antes, después de haberla besado sin parar. Cinco años después había entrado, una vez más, en la misma iglesia llevando en el bolsillo otra carta: era su petición para entrar en la Congregación Salesiana. Se la venía a enseñar a la Virgen antes de presentarla.

Una voluntad fuerte y perseverante

Hizo sus votos un año después. En su diario espiritual, poco después, escribió con el entusiasmo y la decisión propios de los 18 años: "Señor, dame una voluntad fuerte, firme y perseverante. Tengo que ser santo. Sin Ti no puedo hacer nada; pero con tu amor lo puedo todo".

1938, Primera Misa. El inspector salesiano lo llama junto a él a desarrollar el trabajo humilde, pero muy estimado, de secretario inspectoral. Entre las cartas para archivar, las circulares a mandar y las cuentas a calcular, Don José no olvida su sacerdocio: de ello dan fe los cuadernos que contienen sus homilias, diligentemente preparadas cada semana. Y tampoco olvida que es un hijo de Don Bosco: apasionado por la música, reúne a los muchachos y crea una dinámica escolanía. Pero la segunda guerra mundial está al caer y Dios llama a la puerta.

